

COMUNICACIONES Y CONFERENCIAS XXIX

**RELIGIOSIDAD POPULAR EN LA
ERMITA DEL CALVARIO**



Enrique Alcalá Ortiz

RELIGIOSIDAD POPULAR EN LA ERMITA DEL CALVARIO

© Enrique Alcalá Ortiz

Cuando allá por los años noventa del pasado siglo estaba realizando el libro de la Cofradía e Inventario de la ermita del Calvario de Priego de Córdoba, Manuel Aguilera Valdivia, por entonces costalero del Cristo, me dijo una saeta que me dejó impactado y que nunca olvido, por lo hermosa y bella:

*Plazuela de la Asunción
cambia tus piedras por flores
porque viene a paso lento
la Virgen de los Dolores.*

Apoyándome en esta maravilla, me atrevo a hacer una pequeña súplica:

*Cristo de la Buena Muerte
pide a la Virgen las flores
pues quiero que los presentes
disfruten con sus olores.*

La estructuración de este trabajo va por tres caminos íntimamente enlazados: el desarrollo constructivo de la ermita, la historia de la cofradía y la descripción de sus estaciones de penitencia.

Desarrollo constructivo de la ermita del Calvario

En el último trimestre del año 2000 dábamos noticia del hallazgo de una plancha de cobre para grabado, fechada en 1762, dedicada a la imagen de la Inmaculada, venerada en la iglesia de San Pedro de Priego de Córdoba¹. Creemos ver en la parte del estanque del León una iglesia que podemos identificar con la Virgen de la Cabeza, pero la ermita del Calvario debido a su poca importancia, no aparece.

Si bien, antes de la ermita actual existía en el Calvario, por el siglo XVI, un humilladero que servía de punto de rogativas y oraciones religiosas que se efectuaban al aire libre. Hasta él llegaban los nazarenos en la procesión que se organizaba el Viernes Santo, según se preceptuaba en sus estatutos fundacionales. A principios del siglo XVIII se cree que se empezó a construir una pequeña ermita que se terminaría por el año 1707, financiada con limosnas de los fieles y con ayuda del Venerable Orden Tercero, que ya en el siglo XVII hacía la Vía Sacra por el Caminillo o calle de las Cruces y que a sus expensas se arreglaban y componían las numerosas cruces existentes en el trayecto².

¹ Véase mi artículo titulado *Aparece una plancha para grabado del año 1762 dedicada a la Inmaculada del exconvento de San Pedro*. "Adarve", nº 584, 1 de octubre de 2000, páginas 1, 12 y 13 y mi comunicación *Una plancha para grabado del año 1762 dedicada a la Inmaculada, del exconvento de San Pedro de Priego de Córdoba*, Boletín de la Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, número 139, julio-diciembre 2000, páginas 151-155.

² ALCALÁ ORTIZ, Enrique: *Dolores del alma*. Cofradía de María Santísima de los Dolores y Cristo de la Buena Muerte. Priego (Córdoba), 1992, página 198.

Diversos autores del siglo XVIII y XIX hacen referencia en sus escritos a la ermita del Calvario, como Pedro Alcalá-Zamora y Ruiz de Tienda, Ramírez de las Casa-Deza y Pascual Madoz. El primer testimonio gráfico lo hemos encontrado en el museo municipal dedicado a Lozano Sidro. Existe un cuadro al óleo que si bien es de regular factura en su ejecución, representa un documento valioso a nuestros ojos porque Federico Alcalá-Zamora Franco dibujó una vista general de Priego. Está fechado el 28 de julio de 1867 y con el título "*Vista general de la Villa de Priego en la Provincia de Córdoba*". Según nuestras investigaciones está dibujado aproximadamente desde el camino que existe en la Vega para llegar hasta el depósito de agua allí existente. La ermita, pequeña, humilde, bucólica y sin pretensiones constructivas situada en la cúspide del monte, precedida de las cruces que se le instalaron a lo largo del siglo XVIII se convierte en símbolo en un extremo del perfil de las construcciones que terminan en el sur camino de la Tiñosa. Excepto unos cipreses, concretamente cuatro, como símbolos de la muerte, las plantaciones de olivos trepan el monte y rodean todo el edificio.

A esta única referencia decimonovena en color, se unirían en las primeras décadas del siglo XX una foto del Calvario con su ermita, mandada hacer por el Ayuntamiento para editarla dentro de un conjunto de postales con vistas de Priego, todas en color sepia y dentro de un proyecto turístico. Por la misma época situamos, ya que no está fechado, el óleo de Francisco Ruiz Santaella. En ambas vistas de la ermita aparece con su aspecto primitivo con parte de tejado con las aguas dirigidas hacia la fachada donde vemos una puerta principal de forma rectangular flanqueada en su parte izquierda por una ventana y en la derecha por otra puerta, esta vez más pequeña, y encima, el hueco de una diminuta ventana. Se corona la fachada con una pequeña espadaña que sostiene una campana también de reducidas dimensiones. En un fecha no determinada de los años treinta se actuó sobre la fachada y seguramente se haría una pequeña obra en el interior, quizá para acondicionar una diminuta vivienda para los santeros porque en una foto de Antonio Carrillo Carrillo del año 1936 aparece la ermita con otra gran puerta, situada a la izquierda de la principal y sin la ventana primitiva. En todas las fotos citadas contemplamos un paisaje de finca campestre alrededor del edificio con escuálidos olivos y algunos cipreses, (muchos más de los que pinta Federico Alcalá-Zamora) como simbología de la muerte y acompañamiento de las cruces pétreas.

Las transformaciones del siglo xx

En los dos tercios finales del siglo veinte, exactamente de 1938 hasta 1997, la ermita y sus alrededores van a experimentar profundas transformaciones hasta dejarlo todo con el aspecto con el que actualmente la contemplamos. Si bien durante todos estos años, se ha ido actuando periódicamente con obras de mayor o menor envergadura hay tres períodos de intensa actividad creativa situados a finales de los años treinta (1938-1939), a lo largo de la década de los setenta (1972-1978), y el último, ya a finales de la centuria (1995-1997.) En la primera fase la Cofradía pone el dinero y el proyecto y un contratista lleva a cabo las obras: en la segunda serán los hermanos con sus propias manos quienes llevan a cabo las mejoras que el edificio requería; y en la tercera fase

será el Estado a través de la Escuela Taller “Álvarez Cubero” quien se encarga de todo, proyecto y ejecución³.

Primera fase, (1938-1939): Levantamiento de una nueva ermita.

Bien pronto antes de terminar el primer año de su gestión, en 1933, Julio Matilla Pérez presenta el proyecto para la construcción de una nueva ermita que es aprobado. Para financiarlo hace conciertos, obras de teatro, piden por las calles y los propios directivos hacen empréstitos. El proyecto, ideado por Julio Matilla y realizado por Manuel Ronchel importaba 23.000 pesetas del año 1938 y es adjudicado al maestro de obras Eusebio Romero Garrido. Se derribó la ermita vieja y se hizo otra cuya planta aun se conserva hoy día. Fue la gran obra de esta fase terminada en 1939 unas semanas antes de la terminación de la guerra civil.

Pero no estaba todo terminado. Las sucesivas directivas que se fueron sucediendo han tenido que recurrir a los albañiles en diferentes ocasiones. Así en los años siguientes, se construye un pavimento anterior a la ermita, se reparan tejados, se hacen divisiones de tabiques en la sacristía, se revoca la fachada, se construye una zanja para evitar humedades, se construye un templete central para la imagen de la Virgen, se coloca un zócalo y se hacen obras en el camarín.

En años sucesivos de esta primera fase sigue actuándose en la ermita, según las palabras de su secretario, escritas en 1957. *“Que se felicita y felicita a todos de que dentro de su gestión haya sido posible reformar la ermita, casi destruida por el temporal, así como cancelar totalmente el importe de las costosas obras”*.

Segunda fase, (1972-1978): Importantes obras de reparación y mantenimiento.

El estado que presentaba la ermita a principios de la setenta era bastante ruinoso. Los tejados, de cañas y vigas, estaban medio caídos y los muros, gruesos y destartalados, ofrecían un aspecto deplorable.

Las obras que se realizaron en este período cumplieron dos objetivos. Por una parte se hicieron obras destinadas a la conservación y por otra, obras de ampliación, generadas por la dinámica de crecimiento en la que la Cofradía se encontraba. Fue la de más larga duración ya que se fue trabajando durante varios años con la característica que fueron los mismos cofrades la que realizaron las obras con sus propias manos, ayudados a veces, por el Excmo. Ayuntamiento. En esta fase se derriba la ruinoso casa de la santera para hacer una pequeña nave, se construyen nuevos tejados, se instala el agua, se reforman las escaleras de acceso al coro, se construyen la habitación donde se guarda el manto y otra para los tambores, se hace un cuarto de aseo completamente nuevo y se le cambia la cabeza, de madera a hierro, a la campana de la ermita. Además de darle una estructura casi nueva a la fachada donde se instalan unos faroles que paga Antonio Gámiz Valverde y un Jesús Nazareno de cerámica con la ayuda de su Hermandad, que enterada, ayudó sin pedirse-lo. Más tarde, se hace una obra de adaptación a una pequeña casa que había

³ Toda la información que sigue la tenemos más detallada en el libro *Dolores del alma* y en los capítulos correspondientes del presente estudio. Ahora solamente presentamos un resumen de lo ejecutado.

en la parte posterior de la ermita para que se fuera a vivir una señora que no tenía medios económicos. Era de Algarinejo y allí estuvo viviendo sin pagar nada unos pocos años.

A esta fase le sigue el arreglo de los accesos y la eliminación del basure-ro instalado en el Calvario. En el ínterin se celebran las primeras elecciones democráticas municipales y sale elegido alcalde Pedro Sobrados Mostajo, cofrade activo y exdirectivo, quien a primeros de enero de 1980 se dirige a la Asamblea General para pedir ayuda de mano de obra a los cofrades para la reestructuración de los alrededores, ya que del costo de los materiales se encargaría el Ayuntamiento. Se entra en la tercera de las fases de obra. Con el mismo entusiasmo, los cofrades prestan su ayuda los sábados y domingos, y se ven reforzados por el mismo alcalde y el perito de obras del Ayuntamiento, además de muchos simpatizantes. Se hacen caminos de acceso y numerosas escalinatas de hormigón armado, estratégicamente dispuestas que se comunicaban unas con otras. Empleados del Ayuntamiento construyen durante la semana el encofrado y los fines de semana se rellena de mezcla. Después se plantarían muchos árboles. Todo esto pasó en los mandatos de Avelino Siller Calonge y Antonio Serrano Serrano.

Los trabajos constructivos seguirán en las siguientes directivas de Julio López Sánchez, Antonio Serrano Serrano, Francisco Serrano Pozo y Antonio García Pareja. Durante estos años se instalan farolas, se amplía la nave almacén, se modifica el camarín, se coloca un zócalo de mármol y un rodapié.

Resaltando además la recuperación de retablos procedentes de la desaparecida iglesia de la Virgen de la Cabeza.

Tercera fase, (1995-1997): La gran transformación exterior e interior.

Cuando todo se pensaba que estaba hecho, quedaban aún muchos proyectos sin hacer. Así que Antonio Serrano Serrano y otros cofrades lograron que la Escuela Taller "Álvarez Cubero" consignara entre sus objetivos principales la renovación integral, por dentro y por fuera, de la ermita, de los edificios complementarios y del entorno.

El detalle de lo realizado fue: una portada de hormigón armado; nueva puerta exterior; herrajes; desmontar y reparar el altar barroco; desmontar el altar de la izquierda para hacerle una restauración y dejarlo nuevo; en el camarín de la Virgen reformar la parte correspondiente y hacerle nuevas yeserías; decoración barroca del interior; acondicionamiento de la nave para diversos usos, arreglo de tejados y colocación de rejas y puertas nuevas; fabricación de farolas nuevas acondicionamiento de las antiguas de la Fuente del Rey por el módulo de fundición; instalación de las mismas en la explanada del Calvario; arreglo de la explanada; iluminación de la ermita, colocación de bocas de riego en los jardines; y colocación de las cruces y restauración.

Breve descripción de la ermita en la actualidad

La planta de la ermita levantada en 1939 seguía la tipología de las iglesias de cruz latina, con nave de bóvedas de arista, los brazos de media arista y el crucero aparentemente apeado sobre unos fustes cilíndricos huecos contruidos en cemento, mientras que el coro ocupaba el segundo tramo de la nave, apoyado sobre un arco y fuste del mismo tipo. A esta estructura se había ado-

sado a ambas partes de la nave central habitaciones para la sacristía, acceso al coro y una pequeña casa habitación destinada a vivienda de los santeros. En la fachada totalmente nueva sobresalía la amplitud de la puerta principal con diseño parecido a las iglesias del pueblo y otras dos de acceso a las habitaciones auxiliares. Se adornaba con dos círculos donde estaban los símbolos de la Cofradía y una pequeña hornacina con el cuadro de Jesús Nazareno. Se coronaba con una pequeña espadaña con la campana antigua. En la segunda fase de las obras que hemos señalado se le hizo un retoque a la fachada moviendo algunos de sus elementos decorativos, puertas, simbología, azulejos de Jesús Nazareno y adorno a lo largo de toda la fachada, aunque la transformación más grande y espectacular la experimentó en el año 1997, agrandando las dimensiones de la puerta y dándole un aspecto barroco, muy parecido a la portada de la iglesia de San Pedro, obra de Juan de Dios Santaella, si bien con materiales menos nobles que el mármol. Con ello se ha dado amplitud suficiente para que pueda salir holgadamente el trono de la Virgen, si bien el decorado ha ganado en monumentalidad, a nuestro parecer, las dimensiones de la puerta han roto la proporcionalidad con la fachada, al verse demasiado grande dentro del conjunto⁴.

Según consta en el inventario que efectuamos en el año 1990 dentro de la ermita existían los siguientes objetos de culto y decoración que agrupamos de la siguiente forma: imágenes, cuadros, retablos, enseres cofradieros y mobiliario variado.

Imágenes: María Santísima de los Dolores, Jesús Nazareno, Inmaculada, Santa Ana, San Cristóbal, San Judas Tadeo y San Miguel arcángel. *Cuadros:* “Jesús Nazareno cargado con la cruz, Foto de Jesús Nazareno”, otra “Jesús de la Columna, Natividad y La Lanzada. Varios retablos, hornacinas y urnas entre ellos uno de Francisco Javier Pedrajas procedente de la Virgen de la Cabeza. Algunos enseres cofradieros como cruz de guía, barra de metal, estandarte, faroles y bandera además de otro mobiliario variado.

Notas de la hermandad del siglo XVII

Recordando lo más sobresaliente del primer origen de la Cofradía sabemos que el abad Pedro de Toledo y Osorio creó en 1689 con sede en la desaparecida iglesia de Santiago la llamada “*Hermandad del Descendimiento de la Cruz y Nuestra Señora de los Dolores.*” Esta hermandad aparece en un pueblo amenazado constantemente por la epidemia de la peste. El fin principal de la Hermandad es no verse desamparados a la hora de la enfermedad y de la muerte, es decir, procurarse un seguro de ayuda y tener afianzado un entierro digno con caja, cera, misa de cuerpo presente y posteriormente veinticinco misas en sufragio de sus almas. Debido a lo exiguo de sus cotas, está dirigida a una clase de fieles con pocos medios económicos. Como hasta ahora no se han encontrado documentos de su funcionamiento, excepto las constituciones aprobadas, nada sabemos de su desarrollo ni de la época en que se extinguió.

Una cofradía moderna⁵ (1929-1946)

⁴ Unas notas sobre la historia de la ermita se pueden encontrar en MILLÁR MOVELLÁN, Alberto: *Guía artística de la provincia de Córdoba*. Córdoba, 1995; AGUILERA PEÑALVER, Mariano: *El origen franciscano del Calvario de Priego*, “Revista Fuente del Rey”, número 208, página 12 y 13, abril 2001; y, ORTIZ MAROTO, José Manuel: *Ermita de Nuestra Señora de los Dolores en el Calvario*, “Torniquete”, nº 5-6, página 13.

⁵ Texto tomado de *Dolores del alma*.

En el año 1929, un grupo de cofrades en la Cofradía de la Soledad agrupados alrededor de la imagen del Cristo yacente, con sus túnicas compradas intentan crear una cofradía fuera de los estatutos de la ya existente. Como no se la autorizan, se fijan en la devoción popular que el pueblo tenía hacia la imagen de la Virgen de los Dolores del Calvario y alrededor de esta advocación crean una Cofradía.

Las dos primeras décadas había de ser una época de grandes realizaciones. Todo estaba por hacer: Los cofrades se encuentran con más proyectos que pesetas. Y la falta de éstas la suplen con un entusiasmo que mueve montañas.

Hemos visto las importantísimas obras en la ermita, –prácticamente la levantan nueva-, que dan el aspecto interno que hoy conserva la iglesia, son muestras de este fervor, con un valor añadido si se piensa que están realizadas en plena Guerra Civil, tiempo en el que se quemaban iglesias en otros lugares de España.

Si es verdad que la Cofradía recoge el fervor popular hacia la Virgen del Calvario, ahora se oficializa y se incrementa. Los primeros estatutos aprobados en 1931 son reformados en 1936 y se aprueba igualmente un reglamento de procesiones, el único que tiene la Cofradía a lo largo de su historia. De no salir en procesión, sacan a la Virgen tres veces: el Viernes de Dolores (que pronto pasa al Domingo de Ramos), en la madrugada del Viernes Santo y en agosto con lo que baten el record de salidas procesionales. Se instituyen dos septenarios, uno llamado doloroso y otro glorioso.

Como toda obra humana, este período histórico tiene sus épocas de entusiasmo y sus momentos de tránsito sereno. La cota más alta se alcanza con Julio Matilla, a quien le renuevan el mandato para que lleve a cabo su soñada transformación de la ermita, cosa que consigue. Después de la etapa de Manuel Arjona García se llega a una cota de serenidad cuando toma el mando Rafael Ruiz-Amores, por lo menos en la transcripción de las actas, pues en su período sólo se escriben tres.

La Cofradía empieza a crear un patrimonio pues lo único que se tenía al principio era la imagen de la Virgen y una ermita en ruinas. Se adquieren andas, manto de terciopelo, objetos de culto, cuadros para decoración, pendón y bancos para la iglesia.

El número de cofrades de 26 fundadores se incrementa hasta 140 entre activos y cooperadores, contando las mujeres se pasa de los trescientos.

La dura permanencia. (1947-1969)

El tiempo de dejadez a la hora de escribir actas ya iniciado se acentúa en el mandato de Marín Caballero Chacón, una nube negra se cierne sobre la historia cubriendo de sombras el discurrir diario. Llegan a no escribir nada, puesto que el libro de actas se había perdido, por lo que hay un silencio total desde el año 1946 al 1954. El libro de caja sí nos dice, a través de las facturas pagadas, que la Cofradía seguía su marcha. No sabemos si la desgana de las directivas fue una de las causas de la decadencia o el enfriamiento vino producido a ver que la gente había perdido el fervor que demostró en los años treinta. Lo que sí es seguro que la Cofradía resistió la congelación producida por la desgana popular.

Si bien a mediados de la década de los cuarenta hay ciertas altas de hermanos, después siguen unos años planos, quizás agravados por los mismos estatutos aprobados en 1936 que asignaban a los cofrades fundadores del año 1929 las tareas directivas. Con toda lógica estos fueron desapareciendo de la escena por ley de vida, teniendo que acudir a los hermanos activos, muy pocos, que eran los que debían asistir con túnica a las procesiones.

En la primera parte de este período, Arturo Hernández Pérez y Félix Parreño Jiménez se perfilan como los dos apoyos más grandes que tiene la Cofradía en esta época. Arturo Hernández forma parte de la Directiva desde el comienzo hasta su muerte, siendo Hermano Mayor dos veces en el período en el que no se escriben las actas. Félix Parreño, aunque no llegó a ser hermano mayor, fue durante mucho tiempo un excelente tesorero que por entonces era el encargado de organizar todos los cultos que celebraba la Cofradía, igualmente fue secretario, vocal y directivo hasta su muerte.

La división de Priego por parte del Obispado en tres parroquias va a representar una ocasión para conocer la marcha de nuestros cofrades, cuya directiva presenta en 1954 su dimisión al recién nombrado párroco Rafael Romero Lorenzo quien confirma en sus cargos a los dimisionarios, entre los que se encontraba el Hermano Mayor Eduardo Siles Luque, quien durante dos décadas va a ser motor y gasolina, cimiento y pilar de su Cofradía.

En su largo mandato se van a producir muchos altibajos y esporádicos renacimientos que logra superar con tenacidad numantina. Un punto bajo se produce cuando el libro de actas se pierde en el año 1947, que al secretario no se le ocurriera comprar otro, ya es un síntoma de la decadencia iniciada. La descripción cabal de lo que estaba pasando la describe José Madrid Mira-Perceval en una poesía de 1954 donde detalla que al septenario suben una docena de personas para rezar el rosario y en las procesiones apenas van unas pocas niñas. Es más, ni los mismos directivos acuden en 1955 a los actos de la Semana Santa por lo que el Hermano Mayor, en un semigolpe de estado, elige una nueva Directiva con la consigue dar cierto auge en el bienio 1956-1957, siempre con la ayuda del nuevo párroco. En juntas a las que llegan a asistir hasta once directivos (algo inaudito en años precedentes) se acuerdan celebrar las fiestas de Semana Santa y agosto. En 1955, en este mes, por ejemplo, el programa era completo, a las cinco de la madrugada, rosario de la Aurora; a las diez, misa; a las ocho de la tarde, procesión y seguidamente rifa.

Ya en 1956, como la mayoría de las túnicas habían desaparecido, se acuerda gestionar la confección de nuevas haciendo lo posible para que las pagasen los penitentes, en caso contrario las satisfaría la Hermandad. Como apenas se consigue que nadie pague, las que se hacen se las prestan a amigos y estudiantes para que se vistan en las estaciones de penitencia, y con el tiempo, debido a la desgana y mala organización se perderían todas. Debemos tener en cuenta que durante estos años vestirse de túnica era casi un lujo inalcanzable y un signo de distinción pues solamente “se vestían los señoricos”, según un dicho popular. Tan es así que los propietarios de túnicas por estos años no llegaban ni a treinta y apenas se la enfundaban, según testimonio orales, de quince a veinte. Por este año también tenemos noticias de la restauración de la imagen de la Virgen, llevada a cabo por el artesano Francisco Serrano.

En agosto de 1957 se había de producir el inicio de lo que sería la etapa más desgraciada en la historia de la Cofradía. En ella toca fondo y se roza el

nivel más bajo de popularidad y actividades programadas, estando casi a punto de desaparecer. La decadencia que ya se había indicado al principio de esta etapa, se agrava hasta límites de verdadera supervivencia, y si no desapareció fue porque Eduardo Siles Luque, rodeado de unos pocos cofrades que se pueden contar con los dedos de una mano, supo resistir aguantando un bache de más de diez años. Interminables años en los que se marchó renqueando, con la esperanza puesta en la renovación y deseando con todas sus fuerzas que su Cofradía no se extinguiera.

Sin contar con efectivos humanos, los años que van desde 1958 hasta 1963, se escribe una sola acta que repite siempre lo mismo: se dan gracias al Hermano Mayor, se presentan cuentas y se le pide que siga organizando los cultos de Semana Santa, además de la coletilla de socorro: *“Iniciar gestiones para la renovación de la Directiva.”*

En el año 1965 considerando los fracasos continuos que se tienen para renovar la Cofradía, se pensó en la conveniencia de entregar las riendas al párroco para que éste procediera a la renovación entre los feligreses que viera aptos e interesados, pero se desistió de este acuerdo pensando en la Hermandad de la Virgen de la Cabeza y Jesús Resucitado, un caso análogo, que finalmente había desaparecido por estos años. A la vista de esto, considerando que entregarla a la parroquia sería su muerte, deciden entre los tres directivos⁶ asistentes organizar los cultos del año en curso, con lo que creemos que se alcanza el nivel más bajo de entusiasmo.

Pero desde ahora los vientos cambian de rumbo y empiezan a ser propicios cuando en 1966 acuden un buen número de gente joven colaborando en la organización de los cultos dando comienzo a lo que se ha dado en llamar “la gran renovación”, sin embargo, la ansiada renovación no llega de una manera inmediata, ya que este numeroso grupo de jóvenes ayudantes no entran en los puestos directivos en este año, ni en el de 1967, ni en 1968. En 1969, en vista de que no se consigue el relevo, Eduardo Siles Luque, tira la toalla, dimite, pero al dimitir con él sus escasos directivos, resiste de nuevo, pidiendo y anhelando que se activen las gestiones para conseguir su sustitución. Esta llegaría, por fin, el año 1970.

Esplendor y apogeo (1970-1990)

Podemos fijar el día 13 de marzo de 1970 como fecha de inicio de esta tercera etapa cuando en una asamblea de antiguo directivos y el grupo de elementos jóvenes incorporados a la que asisten veintitrés personas, circunstancias que no se producía desde hacía unas décadas, cuando Avelino Siller Calonge asume la dirección de la Cofradía e inicia la época más esplendorosa en su historia jamás conocida. Junto a él, jóvenes como Antonio Serrano Serrano, Francisco Serrano Pozo Manuel Pareja García, Julio López Sánchez, Benjamín Julián Martín, Antonio Vida y otros cuya relación sería excesiva empiezan a trabajar sin descanso, con un entusiasmo desbordado, de una forma febril. Parece de milagro contemplado con la perspectiva del tiempo las cosas que se consiguieron y la fuerza de imán que ese grupo desprendía para conseguir sobrepasar con creces la cifra de 500 y más tarde de 1.000 hermanos. Algo impensable unos años antes.

⁶ Junto al Hermano Mayor, Eduardo Siles Luque, ayudaban en la Directiva, Juan Castilla, Antonio Linares y Avelino Siller Páez.)

De no ser casi nadie y estar completamente apagados, se crea un espíritu de hermandad y un proyecto de grupo que a la larga va a servir de modelo a otras instituciones de pueblo.

Como hemos visto en la evolución de las obras de la ermita, *con sus propias manos* lo renuevan todo. De arriba abajo y de izquierda a derecha, creando además un almacén donde van colocando todo el patrimonio que se va adquiriendo, tambores, túnicas, coronas, mantos, andas, cornetas, etc.

De una procesión apagada, muchas veces se bajaba a la Virgen en un camión a la iglesia del Carmen para subirla en procesión el domingo, se consigue hacer uno de los desfiles procesionales más importantes del momento, que se traslada al domingo de Ramos y más tarde al Lunes Santo. El trono de la Virgen con sus andas nuevas y la imagen con su manto, en 1971 se incorporaría el Cristo de la Buena Muerte, es llevada por un abigarrado grupo de costaleros que crean escuela en Priego, siguiendo los sones de la recién creada banda de bombos y tambores, mientras que largas colas de penitentes acompañan al cortejo con sus cirios encendidos.

Pero ni en la transformación de la ermita ni en el esplendoroso desfile procesional queda todo, las actividades paralelas forman un abanico abigarrado. Como ejemplo resumido podemos citar la organización del vía crucis cuaresmal, la incorporación de la mujer como cofrade de pleno derecho, (fueron pioneros en aprobar su ingreso), los pregones de Semana Santa organizados en Cataluña, su participación en cabalgatas de Reyes Magos y romerías, case-tas de feria, semanal cultural con conferencias y diferentes torneos deportivos y juegos de mesa, veladas flamencas, concursos de villancicos, actos en el Hogar del Pensionista y asilos de la localidad, así como sus obras de caridad.

Durante los primeros años no podemos decir rotundamente que la Cofradía renacida sea el símbolo de identidad de una clase, (después sí lo sería, incluso de barrio), puesto que varias de las familias tradicionalmente acomodadas están dadas de alta en el nomenclátor de la Cofradía. Pero sí podemos afirmar que una numerosa clase de artesanos y pequeños industriales han hecho que la Cofradía tenga un fuerte sello de identidad. Que se la haya llamado "la Cofradía del palustre" es bastante significativo, porque nos evoca sin querer los tiempos en que las hermandades y cofradías eran patrimonio de unos pocos, y precisamente no de los obreros. Esta clase de constructores –no sólo de albañiles-, ha llevado a cabo una de las hazañas más significativas de nuestra historia local cofradera al convertir la ermita ruinososa en un hermoso edificio. Pero no queda ahí todo lo característico, en unas fiestas apagadas, ellos fueron de los primeros en traer un viento fresco de renovación que llegó a otras hermandades. Hicieron una puesta al día de los estatutos para adaptarlos a los nuevos tiempos; creó un grupo de costaleros jamás visto en las otras hermandades que llevaban en remolques sus pasos; fue una de las pioneras en la creación de una banda de tambores; hizo de la Cofradía una "hermandad" donde se vivía un gran espíritu de camaradería, amistad y colaboración mutua; y sobre todo, dentro del fervor cofradiero creó un espíritu cristiano, que intentó fomentar con charlas, conferencias y actividades culturales. En definitiva, se vivía por dentro lo que se hacía por fuera. Estos detalles impresionaron vivamente al Obispo Cirarda que conectó totalmente con la Cofradía. Captó "el espíritu doloroso" de unos cofrades que habían hecho de su trabajo en la Cofradía un estilo de vida cristiano.

Como resumen final podemos concluir diciendo que la Cofradía moderna que empezó bajo el manto del Santo Entierro de Cristo, y perteneciendo la mayoría de sus cofrades a otras hermandades que tenían a “*los Dolores*” como su segunda cofradía, habría de convertirse a los cuarenta años de su fundación en una de las más pujantes de Priego de Córdoba y espejo donde otros movimientos de renovación se miraron. Ser “*doloroso*” es un título que se puede lucir con orgullo. Y cuando esto sucede es síntoma de poderío y distinción de clase.

Procesión. Vía Crucis del Viernes de Dolores

Antes de las siete de la mañana, los devotos más madrugadores ya están esperando tranquilamente a que llegue el párroco del Carmen para iniciar el último vía crucis penitencial de la cuaresma organizado por la Cofradía de María Santísima de los Dolores y Cristo de la Buena Muerte. A la hora convenida ya hay más de trescientas personas, (hombres, mujeres y jóvenes), que suben por la calle *Tostao* entonando las primeras oraciones. Por las calles Amargura y Virgen de la Cabeza se oyen abrir algunas puertas de otros devotos (sobre todo mujeres) que esperan el paso de esta procesión sin santos, para unir su persona y sus preces al compacto conjunto que asciende por las empinadas calles camino de las Vereíllas. Durante el recorrido, la voz ampliada por un altavoz portátil, arrebatada los espíritus con las lecturas piadosas escuchadas con recatado silencio que se vuelve coro de alabanzas cuando contestan a las preces del oficiante. Así hasta llegar a la última cruz, ya a la vera de la ermita.

Al terminar la misa con el corazón calmado y el alma sosegada, el día se ha abierto completamente y en la puerta de la ermita, cofrades de ambos sexos reparten entre los asistentes abundantes y sabrosos pastelitos que se riegan con espirituosos licores y se airean con el viento fresco y agradable que viene del norte. En sus bolsos han metido una estampa de color repartida gratuitamente para perpetuar dentro de lo posible esos momentos de oración al aire libre y a cubierto de los que acaban de ser protagonistas.

Besamanos a la Virgen

Con las puertas de la ermita abiertas de par en par es la hora del acercamiento, de la relación más íntima. La ermita habitualmente cerrada, excepto la pequeña puertecita-mirador, ahora da la oportunidad a los devotos de tener contacto con esa Virgen, acogedora y bonita que los recibe con sus manos abiertas y que bajada de su camarín la han colocado a la altura de las personas, para reducir distancias y poderle hablar con confianza. Es la hora de la proximidad gozosa con la Imagen que durante todo el año aguarda en su camarín. Es el tiempo esperado del tú a tú. De estar con la venerada efigie cara a cara. Hablarle quedo, como un susurro. Con la oración corta, pero intensa. Llana, pero sincera.

Fuera de la ermita el ajetreo es constante. Hay un continuo trasiego de coches, motos, bicicletas o personas a pie que suben y bajan al Calvario. Muchas desaparecen, aunque las más permanecen paseando o están sentadas en los poyetes mientras con cuidado esmero vigilan el juego de sus hijos pequeños y gozan con el ambiente de fiesta y culto. Cerca del anochecer se intensifican las visitas, cuando la mayoría ya han terminado su faena porque el

día es laboral. Se dan prisa porque saben que dentro de un momento empezará el montaje de la Virgen en sus andas.

Cada vez más se acrecienta el número de cofrades que forman parte de la banda de tambores. En la parte trasera de la ermita que sirve de almacén y vestuario dan los últimos toques a su indumentaria y tambor cuyo pellejo martillean para ir cogiendo tonos y sonidos apropiados. Con las primeras penumbras de la noche su jefe da las órdenes oportunas para que formen filas e inician la marcha que abre el estandarte de la Cofradía. El sonido bronco, acompasado, vibrante de los tambores y bombos se extiende como una ola por todo el pueblo para recordar que el besamanos está en su auge y pronto a terminar. Este mensaje lejano se va acercando en el desfile que la banda realiza por el pueblo. Son los primeros penitentes con cubrerrostros, que en el anonimato de sus personas, batallan con el sonido para anunciar besamanos actuales y estaciones de penitencias ya muy próximos.

Lunes santo

Como es costumbre, al mediodía, varias hermanas con túnicas, rostro descubierto, bolsa en bandolera, sombrero en mano y caras risueñas van pidiendo por las calles del pueblo. Entran en comercios, bancos, bares y paran a cualquier parroquiano con el que se encuentran para pedirle una ayuda económica.

Por la tarde, el tiempo se ha unido este año para colaborar en el esplendor del desfile procesional. Al anochecer del Lunes santo cuando ya el sol empieza a ocultarse en la parte trasera de la ermita se aviva el ajetreo clásico que se produce antes de iniciar el desfile procesional. La explanada del Calvario se va llenando poco a poco de túnicas negras y moradas y de espectadores que esperan gozar con el espectáculo siempre emocionante de la salida del paso de la Virgen.

Estación de penitencia

La banda vuelve de su pasacalles seguida de numerosas personas, sobre todo un abigarrado mundo infantil que forma una algarabía alegre y pintoresca pronto desecha para ocupar plaza en las numerosas cruces de la explanada. Se agarran como grano de uva a los racimos en malabarismos adaptados a su agilidad de jóvenes. Con ello tendrán un panorama expedito para contemplar la escena sin ningún obstáculo. Así las cruces, estáticas en su devoción durante todo el año, en su silencio ya de siglos, sirven de mirador y escalera para imberbes todavía faltos de una altura completa.

Desde hace tiempo la explanada se ha cubierto materialmente de personas que ávidas y anhelantes han subido a pie para vivir y gozar con el momento. Los componentes del desfile en un trajín controlado van ocupando el puesto asignado a lo largo de la meseta: cruz de guía, cirios, enseñas, vía crucis, estatuas, banda, clarines... Quiriendo cumplir lo señalado, a la hora en punto los costaleros sacan el trono a ras del suelo por las puertas y adaptan el mecanismo de los largos varaes. Después, en esfuerzo estudiado, la levantan con maestría. La banda empieza a hacer honores con sus toques para encender el ambiente. Cuando terminan, un grito recio y seguro de un costalero rompe el silencio momentáneo: "¡Viva la Virgen de los Dolores!". Al unísono, un coro

anónimo de la multitud corea: “¡Viva!” Empieza la estación de penitencia. Cruz y guía se pierden lentamente por las primeras curvas seguidos de todo el cortejo.

Procesión

Unos pocos espectadores dejan el Calvario para buscar buenos sitios en otros lugares, mientras que muchos se quedan a lo largo del monte para seguir viendo a la Virgen cómo a hombros de sus costaleros desciende cuidadosamente por las empinadas cuestas y cerradas curvas del camino que aunque ya asfaltado y con buen firme no deja de tener un peligro por el gran desnivel de algunos tramos. A pesar de todo, la habilidad y veteranía sabe dar solución a los problemas del camino para vivir a continuación otro momento de gran fervor y emoción.

Se produce éste en la pequeña plaza de la Virgen de la Cabeza. De nuevo la expectación crece entre el público que va ocupando los lugares con más visión. La banda de tambores bombos y clarines han ocupado un lateral para dar espacio al paso de la Virgen. Con pasos comedidos y entre bamboleos se coloca el trono en un lateral de la iglesia, mientras del pellejo de los tambores retumba intensamente con el martilleo incesante de los palillos que sacan sonidos de homenaje. Al mismo tiempo el mayordomo da unos golpes en la puerta de la ermita para anunciar a los portadores del Cristo que su Madre le espera y presto la puerta se abre para dar paso el Cristo de la Buena Muerte. Con ello se produce el segundo momento álgido desde que se inició la estación de penitencia y por esta razón los espectadores se cuenta a miles. El Cristo llevado por ocho costaleros, forma un ángulo de inclinación de unos 45 grados sobre el nivel del suelo y va flanqueado por cuatro antorchas gigantes, llevadas por penitentes, que alumbran mientras sus llamas parpadeantes movidas por el aire anuncian el misterio de la Pascua cristiana, es decir la Muerte y Resurrección a todos los espectadores.

Iniciada de nuevo la marcha, el Cristo toma el primer lugar y deja el compás de la Virgen de la Cabeza camino de la calle Málaga, mientras que la Virgen sigue sus pasos. Ya en la calle Río, debido a su anchura, el esplendor de desfile se manifiesta tal cual es. Largas filas de penitentes, innumerables por lo numerosas y nutridas, sin exageraciones andaluzas, forman avenida de devoción de varios centenares de metros que van desfilando con sus cirios encendidos uno tras otro durante mucho tiempo y logran que mientras los primeros están ya en la parroquia de la Asunción el paso de la Virgen camina aún por la plaza.

Delante de la puerta de las Angustias se va a producir el tercer momento destacado del desfile. Como ya es tradición de muchos años, los hermanos de la Cofradía de las Angustias abren sus puertas para dar un saludo de amistad y buenos deseos que en reciprocidad reciben de los que hacen su estación de penitencia al tiempo que intercambian hermosos ramos de flores naturales. El paso de la Virgen detiene su marcha y en vaivenes suaves sus costaleros van girando hasta poner frente a frente a las dos vírgenes, Angustias y Dolores, que siendo las mismas, sus iconografías representan dos momentos diferentes pero complementarios. Se incrementan las oscilaciones como las suaves olas y los bamboleos toman ritmo de danza, mientras el paso avanza y retrocede por la alegría de encuentro con la que es igual en padecimientos y maternidad.

Después de esta escena, los ánimos se serenán y el cortejo prosigue su marcha. Al llegar a la Plaza, desde un balcón de la esquina sale una voz potente y modulada que hace enmudecer a la banda y detener el paso. La saeta, como esa oración cantada que muy bien ha sabido inventar el pueblo andaluz para hacer arte sus peticiones hace levantar la mirada a todos los asistentes que escuchan con devoción los salmos del evangelio echo coplas aflamencadas que como golondrinas primaverales vuelan llevando consuelos y haciendo peticiones a la imagen que escucha y aguarda. Aplausos agradecidos para el cantaor salen de las manos y vivas para la imagen de los corazones enardecidos.

Mientras un gentío enorme contempla el paso de la procesión, ésta lentamente se pierde por la Ribera camino de la Asunción. Después de cuatro horas de marcha o más, el esfuerzo ha dejado su marca en los rostros ocultos de los penitentes que contemplan complacidos a través de sus capuchas como han logrado su gran objetivo este Lunes Santo. Dan la vuelta a sus imágenes al llegar a la Plazuela de Santa Ana para que digan un adiós simbólico a los espectadores y estos pueden contemplar la despedida y entre los “raunds” de los tambores son llevadas al interior del templo.

En la Asunción permanecerán las dos imágenes para la contemplación y el gozo de los numerosos visitantes que pasan estos días de Semana Santa por el templo.

Vía Sacra

Después de esto, en la Semana Santa prieguense ha continuado con los desfiles de la Caridad el martes; el miércoles, la representación del Prendimiento y procesión de Jesús Preso para seguir el jueves con el tradicional desfile de la Columna y a la una en punto la Vía Sacra, la vuelta de la Dolorosa a su ermita de residencia donde recibe a sus numerosos devotos.

En los alrededores de la iglesia de la Asunción se han ido llenando de personas que esperan con expectación la hora del inicio de la Vía Sacra. Los penitentes de cirio van recogiendo el suyo que completamente nuevo hay en unos soportes móviles, los costaleros, tanto del Cristo como de la Virgen, van ocupando el lugar asignado.

Con el micro en la mano el jefe de trono, cual general a su ejército, se dirige en voz alta, en una pequeña alocución, recordándoles el sacrificio y el gran esfuerzo físico que va a representar la estación de penitencia que van a iniciar, pidiéndoles el máximo silencio y esfuerzo. Con el entusiasmo removido, el párroco del Carmen recuerda el misterio que se conmemora y el significado que tiene la muerte y resurrección de Jesús para terminar con una pequeña oración que es repetida por todos los asistentes. Apenas termina, el mayordomo dice bien fuerte y con voz de mando: *Cada uno a su puesto. Y por favor, guarden silencio para poder salir en condiciones.* Como movidos por la misma corriente eléctrica aúnan sus esfuerzos para iniciar la marcha. Primero el Cristo de la Buena Muerte rodeado de sus cuatro antorchas gigantes, seguido de la Virgen.

Cuando el paso ya está en la Plazuela de Santa Ana se oyen gritos de: “¡Viva la Reina de Priego!” ¡“Viva la Virgen de los Dolores!””, coreados por el público asistente. El encargado de desfile toca repetidamente la campana de

un lado para otro, cuyo tintineo todos entienden. Inician la marcha de la Vía Sacra.

Apenas la Virgen pasa por la puerta del Castillo se oye entre el rumor de las hojas de los árboles y el sonido lejano de los tambores, la suave música del *Stabat Mater* interpretado por la Capilla de Música que siguiendo la tradición acompaña esta noche al cortejo.

Los numerosos espectadores de esta Vía Crucis saben del silencio que deben guardar en esta noche de sacrificio cuando ven el desfile penitencial pasar lentamente ante sus personas.

Por la Virgen de la Cabeza y Vereíllas del Calvario

Otro momento de intensa emoción se va a producir en la calle Virgen de la Cabeza, en la intersección con las calles Amargura y Herrera, cuando unos pasos antes el jefe de trono ha animado de nuevo a sus costaleros para amortiguar el esfuerzo que les queda por hacer hasta coronar la cima del monte Calvario. Es tradicional que alrededor de bar existente cada año se le canten saetas a la Virgen. Y este año no podía ser distinto. Así que mientras los tambores amortiguan su sonido, desde un balcón suena en voz de mujer, con versos de piropo:

*Mírala que guapa viene
por aquella lejanía
la han pintado los pintores
lo bonita que venía
la Virgen de los Dolores.*

Durante todo el tiempo que ha durado la saeta, mientras los ayes de agitación llegaban a los espectadores, los costaleros han seguido meciendo la imagen demostrando un esfuerzo inusitado. Cuando la cantaora termina, a voz de pecho grita el mayordomo: “¡Viva la Virgen de los Dolores!”, “¡Viva la Reina de Priego!”, “¡Viva la Reina del Calvario!” Plegarias contestadas a coro por los que la emoción se implantó en sus corazones palpitantes.

Se repiten los mismos gritos de homenaje y a la orden de la campana el cortejo sigue ascendiendo por las Vereíllas. Hace frío en el monte. Son ya las tres pasadas de la madrugada por lo que los rostros denotan ojos somnolientos y cara de sueño al que ha renunciado por unas horas para hacer cortejo de homenaje a esa Virgen que asciende detrás de su Hijo camino de la ermita. Al llegar a las primeras cruces, la Capilla de Música interpreta el Miserere cuyas notas se dispersan monte abajo. Cuando los músicos terminan son los tambores los que parten la noche acompañados por el metálico son de las cadenas arrastradas por el suelo, pues gimen a cada paso de los penitentes que las llevan, después acallan su suspiro con el toque metálico de los clarines.

En un momento, las filas de cirios se hacen ovillo subiendo en espiral por las veredas. Las luces parpadeantes, como lágrimas de Pentecostés, iluminan las túnicas negras y el morado de su cenefa, su cucurucho y el cingulo del que cuelga una cruz cofradiera llegando el reflejo hasta las zapatillas negras con adornos también morados, mientras un destello especial adquiere el escudo de la Cofradía formado por un corazón rojo con cinco estrellas blancas atravesado por una cruz que se inclina de derecha a izquierda.

Al llegar a las puertas de la iglesia se unen los dos pasos que son mecidos al unísono mientras los doce clarines entonan la partitura “Silencio” que arrebató aún más los ánimos emocionados.

La estación está cumplida cuando las tallas de los varales del trono se pierden en el interior del templo, cuyas puertas se cierran presto. Por la sacristía salen los fornidos costaleros, con el rostro sudoroso, los cabellos húmedos, su capucha en una mano y en la otra un clavel de los que hasta hace un momento adornaban a la imagen. ¡Qué mejor que una flor para demostrar amores! Nos recuerdan aquellas piedras que la Virgen había convertido en flores al llegar a la plazuela de la Asunción.